

TADOR (tomo I). Pero en él recuerda a Hamlet como ejemplo de los que no acaban de ser lo que son, y le llama—citando a Mallarmé—«el Señor latente que no puede llegar a ser». ¿Quiere decir esto entonces que Hamlet no puede ser considerado como maravillosa obra de arte, toda vez que en él parece darse una promesa sin cumplir, un ser que no acaba de devenir quién es?

—De ningún modo. Ortega cita a Hamlet a propósito de unas alusiones éticas que interpola en su discurso. Hamlet, con respecto a la acción, a la práctica, a la ética quizás, fué un malogrado; pero como tipo estético se cumplió de punta a rabo y rebasó todas las medidas posibles.

—Eso es lo que decías hace poco (1).

—Y lo que sigo diciendo ahora. Hamlet no llegó a ser un hombre decidido, pero lo que es un hombre indeciso lo fué, y cabal.

—¡Caramba, Perogrullo, y qué perogrulladas te gastas! No te quedarás calvo descubriendo esas cosas.

—Pues no creas...

—¿Qué puede haber entonces malogrado? Nada, según eso; lo que se logra porque se logró, y lo que se malogra porque se logró... malograrse, todo, según tú, se logra de algún modo.

—Todo lo que se logra de algún modo., se logra, pero hay cosas que no se logran de ninguna manera. En un feto hay un hombre malogrado, pero como tal feto puede ser o algo logrado hasta la perfección, es decir, hasta el sumo grado de exactitud en la conformación que le corresponde, o, por el contrario, algo informe, algo que seguía torpemente, insuficientemente, su proceso de formación. En este último caso no hay nada logrado, ni hombre, ni feto, ni nada.

En arte pasa igual. Una cosa es expresar indecisamente y otra expresar lo indeciso; este es el caso de Hamlet, y como hay expresión se salva.

Lo único inadmisibles en arte es lo informe; todo lo demás puede ser arte porque es forma. Incluso lo deforme. ¿Por qué? Porque lo llamado deforme lo es sólo con respecto a una forma determinada, erigida en canon por mero convencionalismo o rutina; pero con respecto a sí mismo, puede tener una conformación tan acabada y expresiva como lo más reputadísimo, y más ejercitado, primero en la percepción, y luego en la expresión o transmisión de lo sentido.

—Lo cual quiere decir que el crítico tiene que ser poeta en el sentir y poeta en el expresar, pues sólo artísticamente se transmite lo que se sintió artísticamente.

—Razón tienes.

(1) Véase el número anterior.

C A P R I C H O S

EL PAJARO NOCTURNO

ES un pájaro el pájaro nocturno que ni los sabios ni nadie han podido ver. Por eso es el pájaro verdaderamente nocturno que no tiene esa forma movidiza, mecánica e inexpresiva de los pájaros que se han podido cazar en la noche.

El verdadero pájaro nocturno estará siempre en la noche y no se le verá volar indiscretamente a la vista de todos, nunca.

LA ANTIGÜEDAD

EL maniático de las antigüedades, vió en aquel escaparate la virgen liliál más crecida y flaca que ninguna, como una flor o un capullo en un tallo muy largo, y fué a su casa por dinero. Cuando volvió ya estaba cerrada la tienda. El sabía hasta qué punto era extraordinaria y fascinante aquella antigüedad y se acurrucó en el quicio de la tienda y esperó a la mañana que abriesen los cierres metálicos, aterido, arrebuñado en su bufanda, apretando las manos en los bolsillos como un verdadero miserable.

LA REVOLUCION

ERA día de gran corrida. Las andanadas estaban llenas como nunca y hasta en el tejado, vendidos, teja a teja, los sitios, había una humanidad que casi no tenía hombros para mezclarse mejor y ocupar menos sitio.

Las grandes autoridades ocupaban la presidencia.

En el fondo de aquella multitud palpitable algo diferente a lo de siempre, y por eso al encararse con la presidencia estuvo terrible, las manos amenazantes como si esgrimiesen una espada

Así estuvieron escandalosos, sangrientos, vociferando, hasta que alguien impaciente dijo: «¡Viva la Revolución! ¡A la calle!», y la más terrible e inesperada manifestación se formó en la calle, siendo el general el primer espada y algo así como el comandante a caballo el picador.

Así se realizó la única revolución posible en aquel pueblo.

LA NOCHE CON MAS ESTRELLAS

ESTA noche, digan lo que digan los astrónomos, hay más estrellas que nunca en el cielo. Nos apedrean las estrellas, nos tiran chinitas de luz.

Por entre los pinares azules de la noche oscura se ven las estrellas espolvoreando los cielos como si todos los panes de oro se hubiesen evaporado.

—¿No ves que si eso fuera verdad habla-

rían de ello mañana los periódicos?—me dice la voz interior.

Sí. Es verdad. Pues por eso hablaré yo en los periódicos mañana.

—Pero no es eso—me vuelve a interrumpir mi voz interior,—es que los astrónomos hablarían de ello.

¿Los astrónomos? ¡Parece mentira que se pueda pensar eso! Los astrónomos están dormidos, se quedan mortalmente dormidos con el ojo contra el ojo del telescopio muchas noches y entonces se aprovecha la ocasión para gastar sus sorpresas a los hombres.

Los guardias de los Observatorios se han dormido, y sin vigilancia sucede en el cielo lo que le da la gana.

LA BELLA ATROPELLADA

TODOS los automóviles y coches atropellaban todos los días a gentes indiferentes que atraviesan la calle camino de sus casas presurosos por llegar pronto, cuando ya no llegarán nunca.

Cada día había una nueva víctima cuyo nombre buscábamos por si era el de nosotros mismos, pues nos cabía siempre la sospecha de haber sido atropellados. El pobre nombre del muerto ni siquiera se nos pegaba al oído como se pega el de un asesinado. Las mujeres abundaban mucho en la estadística de atropellados, pero siempre veíamos en la reconstrucción imaginaria del atropello mujeres ancianas, de rostro perdido bajo una manteleta negra, pobres señoras, siempre con un paraguas sombrilla en la mano, el pobre paraguas, que fué la última cosa en que ellas pensaron al morir y que apareció diez metros más allá de su cadáver.

¿Cómo iba a acabar aquella obligación diaria de causar las *defunciones* que ya figuraban como precisas en el tanto por ciento diario de la gran capital?

¿Cómo? Un día un automóvil atropelló a una bellísima mujer, quizás la mujer más bella de la ciudad.

Cuando se asomaron las gentes a ver el rostro del cadáver prorrumpieron en gritos salvajes de indignación. Aquella belleza era ya imposible de resucitar, y sin embargo, era cuando más admirable parecía.

La aglomeración de gentes iba siendo cada vez mayor y todos luchaban por alcanzar a ver la belleza que todos propalaban. Pronto se organizó la fila de los que la habían visto y la de los que no habían alcanzado a verla aún. En todos después de haberla visto muerta y bellísima surgía un loco afán de venganza y se agrupaban para recorrer la ciudad quemando automó-